

BIBLIOGRAFIA

ETUDES BASQUES ET CAUCASIQUES, por René Lafon. Universidad de Salamanca, 1952 (Acta Salmanticensia. Filosofía y Letras, tomo V, núm. 2).

Estas publicaciones de la Universidad de Salamanca han vuelto a prestar un señaladísimo servicio a los estudios vascos. Y no podemos menos de congratularnos de todo corazón porque el profesor Lafon haya vencido los escrúpulos a que alude en el prólogo y haya dado a las prensas estos estudios, de índole variada, pero que sirven a una misma finalidad clarificadora de los problemas con que estamos enfrentados. Pocos como él, con su feliz y difícil conjunción de competencia en ambos campos lingüísticos, podrían intentar una tarea tan amplia a pesar de la brevedad del libro.

Comprende éste dos estudios vascos: "La palatalización (*mcuillure*) en labortano" y "Observaciones sobre la utilización de los diversos fonemas en la declinación y conjugación en labortano"; tres estudios caucásicos: "Del sistema consonántico primitivo en CCE (lenguas chechenes y del Daghestan)", "La correspondencia de la africada lateral sorda supra-glotal circasiana en las lenguas chechenes y del Daghestan", y, finalmente, dos vasco-caucásicos, de carácter comparativo: "Fórmulas de correspondencia entre los distintos grupos de lenguas caucásicas y el vasco" y "Comparaciones de vocabulario vasco-caucásicas".

Nuestra incompetencia nos veda el entrar en el examen de los estudios caucásicos. Señalemos, sin embargo, como simples interesados en el campo, que estos trabajos ponen a nuestra disposición, con la claridad y precisión habitual en los trabajos del autor, una valiosa orientación acerca del estado actual de los estudios de fonética comparada de las lenguas caucásicas del Norte. Además de la aportación personal del autor, encontramos aquí el resultado de trabajos anteriores aparecidos en publicaciones de difícil adquisición para nosotros. Los cuadros que siguen al primero de estos estudios lo hacen aún de más fácil utilización.

Los dos estudios vascos que encabezan el libro inician quizá en-

tre nosotros los estudios fonológicos, y esperamos sirvan de incitación y modelo para esa serie de monografías necesaria para un conocimiento más exacto de nuestra lengua, cuya urgencia es ya grande.

En el catálogo de fonemas del labortano (pág. 16) encontramos como fonemas distintos, en posición final, *r* y *rr*. ¿No se neutraliza acaso en labortano la oposición en esa posición? Eso es lo que ocurre, a nuestro entender, en otros dialectos.

También sería interesante un estudio de la oposición *x/tx* en posición inicial. Según Azkue (*Diccionario*, letra \bar{s}), *tx-* es muy poco frecuente en ese dialecto, y quizá no aparece más que en la palabra *txar*.

En la página 17 nos dice Lafon que tras *n* y *l* las silbantes se realizan normalmente como africadas. ¿No ocurre lo mismo tras *r*, como en otros dialectos?

En cuanto a los paralelos vasco-caucásicos, me limito a ponerles unas apostillas desde el punto de vista vasco.

N.º 2. La explicación de *ytuten* (en los Refranes y Sentencias) como posible variante de *du-* "haber, tener", dentro de los casos de alternancia entre sorda y sonora, es altamente sugestiva. A los ejemplos presentados por Lafon (*ebaki/ephaite, egotzi/ekoizte*), se podría añadir otro del mayor interés, si no es, como no parece, una errata de imprenta. En las Poesías de Oihenart (pág. 28, lín. 19) se lee (*enu*) *itoiten* "no me saca", que contrasta con *Espanun hant'idokiten* "si no me sacas de allí" (pág. 30, lín. 15). Se podría pensar también acaso en el caso más complejo de *aurt(h)iki*, etc. (Lafon, "Le système du verbe basque au XVI^e siècle", II, pgs. 14-15).

N.º 8. Lafon no acepta la hipótesis que ve en (*h*)*aserre*, (*h*)*ats* y *erre*. No tengo interés en defender esta descomposición, pero me inclino a pensar que el argumento fonético que contra ella aduce no es ni mucho menos decisivo. "No se ve por qué *ts* se habría reducido a *s* entre vocales", efectivamente, pero la explicación puede ser otra. Si admitimos que ha existido en ciertos momentos por lo menos una tendencia a realizar las silbantes finales como africadas, en palabras fonéticamente autónomas, se explican de un solo golpe muchos hechos, e incluso algunos que extrañan a Lafon: la frecuencia de *-ts*, *-tz* y la escasez de *-s*, *-z*; que en los préstamos *-s* latina aparezca representada por *-tz*; alternancias como *ugatz/ugaz-*, (*h*)*auts* /*ausi* (también en compuestos como *i(h)arrausti*), *bizi/bitz-*, *p(h)itz-*, etcétera.

N.º 9. La forma occidental de *atxeki*, *atxiki*, *etxeki*, ¿no será *eskegi* (*eskeki*), *esegi*, *eseki*, *etsigi* "colgado", que presenta una alternan-

cia consonántica poco frecuente? El nexa entre las formas orientales y occidentales podría ser el guip. (Azkue) *itxeki* "colgado".

N.º 10. Al vizc. *azuar* "zarza" hay que añadir vizc. de Cigoitia *asu* "zarza", que confirma la presunción de Lafon de que *-ar* sea un sufijo, y vizc. *asuar*, *asuarantz* "zarza que produce moras". Pienso que no se puede poner gran confianza en la notación de las silbantes vizcainas por Azkue, y quizá tampoco mucho en la de autores anteriores, pues la confusión contemporánea entre *s* y *z* ha podido empezar mucho antes. La misma observación vale para *asuri*, *azuri* "cordero" (n.º 7).

N.º 11. Como ya he indicado en otra ocasión (Boletín VI, 454), el origen de *ba(h)e*, *bai* "cedazo" me parece, como ya sospechaba Meyer-Lübke, un rom. *van* (de donde **bane*, cf. vasç. *gabirai* de cast. *gavilán*), representante del lat. *vannus*.

N.º 12. ¿No estará contenido en *atseden* "respirado" "descansado", un participio *eden*?

N.º 15. Creo que el vizc. *tobar* "estalactita" es románico y relacionado con el esp. *toba*, etc.

Se ha deslizado una errata en la página 81, donde en el proverbio 390 de Oihenart se escribe *Otsoa* en vez de *Otsoac*. Y ya que hemos mencionado a este autor, se me permitirá señalar aquí, a propósito de la forma *naho* (poesía XIII, 4.ª línea) citada por Lafon en este Boletín (VIII, 158, final), que es una errata por *nago*, corregida por el autor en la última página ("Fautes de l'impression").

Esperamos que esta obra no será más que la primera de una serie de "Estudios vasco-caucásicos". Así deseáramos ver publicados cuanto antes su estudio fonológico del suletino de Larrau y sus trabajos comparativos sobre el vocalismo de las lenguas caucásicas del Sur, de que alguna vez nos ha hablado.

L. M.



NEUE BASKISCH - KAUKASISCHE ETYMOLOGIEN, por Karl Bouda. Universidad de Salamanca, 1952 (Acta Salmanticensia. Filosofía y Letras, tomo V, núm. 4).

En este breve opúsculo de 16 páginas, editado como publicación de la Cátedra Manuel de Larramendi, el profesor Bouda nos ofrece, como complemento de sus conocidos trabajos en este terreno, una

lista de 41 nuevas correspondencias vasco-caucásicas. No hay que insistir acerca de la importancia de la aportación de Bouda a los estudios de lingüística vasca, desde fecha ya antigua, y últimamente con preferencia a los de comparación vasco-caucásica. Esta labor tenaz y prolongada ha reunido una rica colección de materiales, no siempre sin duda del mismo valor, pero de utilidad incalculable en su conjunto.

En esta obrita encontramos, como ocurre siempre en los trabajos del autor, gran número de observaciones originales y altamente sugestivas, y no es de lo menos valioso su contribución al análisis de palabras compuestas vascas. Se pueden señalar, a mi entender, como del mayor interés en varios aspectos los números 40 y 41.

En cuanto a los caminos a seguir en la etapa actual de estos estudios comparativos, puede haber sin duda diversidad de opiniones y de actitudes. Habrá quien no se atreverá a proponer aproximaciones exactas por temor a equivocarse al no parecerle suficientemente seguras por el momento. Y habrá tal vez quien prefiera multiplicarlas siempre que queden comprendidas dentro de los límites lejanos e imprecisos de lo meramente posible. Así, al aumentarse el número de ecuaciones propuestas, se aumentará automáticamente el número bruto de aciertos, ya que no su tanto por ciento.

Mi impresión sincera es que esas meras posibilidades, de las que lo más que puede decirse es que no son imposibles, se utilizan alguna vez con exceso en este trabajo. Si, por ejemplo, con una obstinada labor de análisis dejamos reducido el vasc. *beazun*, etc., "hiel" a *z*, su "raíz", hemos facilitado tanto la tarea comparativa que no podemos sentirnos muy sorprendidos si en otras lenguas cualesquiera encontramos "raíces" parecidas. Hechos análogos encontrará el lector en el número 42.

O, para citar otro caso, entresacamos de Azkue el vizc. de Munda-ca *bolo* "colgajo de camisa". Para ofrecernos este hecho en toda su pureza, ni siquiera se mencionan otras dos acepciones de *bolo* que figuran en el mismo artículo: se supone que nada tienen que ver con el hecho que nos ocupa. Entonces lo comparamos con otro hecho puro y solitario, el georg. *bolo* "extremo, cola". No sabemos si hay palabras relacionadas con ella en el léxico georgiano, si tiene correspondencias en otras lenguas kartvélicas y cuáles, si está atestado desde antiguo. Y, como aunque entra dentro de lo posible no es probable que ya en la época de comunidad lingüística vasco-caucásica se hubiera dado un nombre especial al fenómeno de que una punta de camisa asome por donde no debe, y que nosotros—o, mejor dicho, los mundaqueses—nos hayamos aferrado a conservarlo, habrá que suponer que el sentido de "extremo, cola" ha sido el primitivo. Pero, aunque sea puramente posible, ¿es siquiera verosímil que en

el perpétuo fluir universal el georgiano y mundaqués *bolo* haya permanecido por rara excepción idéntico a sí mismo?

Van a continuación unas consideraciones que la lectura de este trabajo me ha sugerido. Los números que las encabezan son los mismos que en él llevan las distintas aproximaciones vasco-caucásicas.

2. ronc. *apeio* "arado". ¿No se tratará de un representante del lat. **apparium* (esp. *apero*)?

4. Se nos dice que en *idulki* "pedazo de tronco" "pedestal" (¿popular o creación culta?), el cambio de *dur* a *dul* "es regular en posición antecónsonántica", y se citan en apoyo *eskual-dun* y *zamal-dun*. Pero, hablando exactamente, el cambio sólo se verifica cuando, como en esos ejemplos, *r* queda ante consonante a consecuencia de la pérdida de una vocal. Cuando *r*, en composición o derivación, queda directamente en contacto con una consonante, se ha perdido en formaciones antiguas: *lu-* de *lur*, *ada-* de *adar*, *u-* de *ur*, *zu-* de *zur*, etc.

8. vizc. *gei* "llamada", *geitu* "llamado". Hay que añadir *gei emon*, ya en Micoleta, y *gei egin*. Todos ellos no son evidentemente otra cosa que variantes de *dei*, *deitu*, *dei egin*, etc., en los que la opinión general ve reflejos del lat. *dictu(m)*.

12. sal. *aguer* "perezoso". Tampoco está aislado, sino estrechamente unido al sal. *auger* y, por intermedio de éste, al sal. b.-nav., sul. *au(h)er*, ronc. *aurer*. De éstos pasamos a *afer* y al tan extendido *alfer* y finalmente al número 4002 del REW de Meyer-Lübke (tercera edición).

17. a.-nav. del Baztán *konka* "hueco". Teniendo en cuenta *konkaku* "abollado", *konkadura* "abolladura" (Duvoisin), y el más extendido *konketa* "taza grande, aljofaina", ¿no habrá que pensar en el lat. *concha* (REW 2112)?

18. *k(h)otzo*, *k(h)otxo* "cuadrúpedo macho" (b.-nav., sul.). Sólo quiero señalar que me parece variante de *p(h)otzo* "perro grande", que Uhlenbeck ponía en relación con *otso*, sin razón a juicio de Lafon (Word, 6, 229, n. 17), con quien estoy de acuerdo.

19. A *korape* hay que añadir *koape* (a.-nav. de Oyarzun) "alero de tejado" y *gorape* (a.-nav., b.-nav., lab.) "atrio, claustro, sotechado". Parece un derivado, con el suf. *-pe* como quiere Bouda, de *koro* "bóveda, techo" en algunas variedades vizcaínas y quizá en una bajo-nav., aunque al parecer sólo como segundo elemento de compuestos (*aokoro* "paladar", *labakoro* "bóveda de horno"). Esto, naturalmente, no hace más que confirmar la hipótesis de Bouda de que se trata de una palabra compuesta.

Repetimos que con la publicación de este trabajo y del que anteriormente hemos señalado la Universidad de Salamanca ha vuelto a contribuir de manera destacada al florecimiento de los estudios vascos.

A ella, y de una manera señalada a su Rector, don Antonio Tovar, expresamos el agradecimiento de todos los interesados en esta labor.

L. M.



JOSE DE ARTECHE.—*La paz de mi lámpara.*—Editorial Icha-ropena. Zarauz. 1953.

La lámpara personal, encasquetada en su pantalla y proyectando el chorro de oro de la luz, en un campo apretado y reducido, es símbolo de la más profunda intimidad. Todo el encanto de la vida entrañable, florece en el huerto luminoso; fuera de él, la sombra y el vacío, como una sima negra que aislara y defendiera el recogimiento.

José de Arteche ha buscado este oasis de intimidad para su último libro y ha ido poniendo sobre la mesa, bajo su lámpara, hechos y sucedidos más o menos trascendentes, pero siempre, íntimos, entrañables. Bajo el chorro de luz de la pantalla, las cosas no valen por su extensión o su volumen; sólo cuentan por la emoción que traiga cada una. La paz de la lámpara es un campo de flores sensitivas.

Todos sabemos el amor que pone Arteche en sus galerías interiores. No es que desdeñe lo exterior ni tenga miedo al viento y al rocío. Muchas veces ha salido al mar ancho o a campo descubierto, con la cabeza levantada, persiguiendo tenazmente, temas de vuelo y revuelo dilatado. Pero acaso es más él, cuando se recoge no ya en el huerto sino en el invernadero, y, amorosamente, concentrado en sí mismo, cultiva las semillas que le da su propia ternura.

En esta ocasión ha sido ella quien le ha brindado la materia prima del libro, con escenas familiares, sucesos domésticos y hechos de su mayor intimidad que él ha llevado, luego, con una prosa clara y limpia, al campo recogido de la paz de su lámpara.

El conjunto es un breviario delicado y enternecedor para ser leído con el mismo recogimiento y unción con que está escrito; con amor; con amor a la flor y al oficio. En estas dos virtudes puede centrarse el arte del jardinero. Y José de Arteche las posee en abundancia.

M. C.-G.

JUAN DE IRIGOYEN.—Pleito de la exención intentada por la universidad de Oxirondo en contradicción con la villa de Vergara. Gráficas Gaubeca. Bermeo 1953.

La historia de los villazgos, que ofrece en todas las provincias españolas, gran importancia, tiene, en Guipúzcoa, singular interés. Tras las villas primogénitas, las de la costa, de los siglos XII y XIII, y las segundas, las fronterizas de Navarra, que vienen poco después, se produce un largo remanso de paz en la historia de nuestras municipalidades; únicamente, brotes sueltos, a lo largo del tiempo. Pero en esta quietud localista, Tierras, Concejos, Universidades, que vivían al margen de toda protección oficial, sienten el halago de los Privilegios fundacionales y, buscando su protección, se asocian a las villas vecinas, respetando sus individualidades. Esta convivencia que crea constantes conflictos, desarrolla en las entidades asociadas, el sentido de la individualidad y, aprovechando la coyuntura de un momento de agobio económico de la Corona compran, a tantos escudos de plata por cada cien vecinos, la recuperación de su independencia y su título de villa. Fué una auténtica primavera de florecer municipal. Era a principios del XVII. Abre la brecha, Legazpia, que se separa de Segura, mediante el pago de 20 ducados por vecino, en el año 1608; luego, son la mayoría de los lugares incorporados a Tolosa, que se manumiten en 1614. Siguen otras y, en 1629, Anzuola se emancipa de Vergara, al precio de 5.000 ducados de plata. Vergara no era, pues, invulnerable en su soberanía. Y, siguiendo a Anzuola, la Universidad de Oxirondo, es decir, la parroquia de Santa Marina, quiere emanciparse también. Las causas poco importan: los linajes, diferencias entre "kaletarres" y "baserritarres", rivalidades personales entre unos y otros; cuando uno tiene un fin, cualquier razón es buena. Pero en este caso no lo era y la antigua Universidad de Oxirondo no alcanzó su emancipación. 6 Pero quedó el pleito y el epistolario, sabrosísimo, del representante vergarés, en Madrid, Don Diego de Gurrupide y, con él a la vista, siguiéndolo folio a folio, Juan de Irigoyen, tan hábil en estas como en otras navegaciones, ha hecho un libro del mayor interés para la historia de Vergara y para la de Guipúzcoa, que el Ayuntamiento, con fino sentido de su función, ha patrocinado para el mejor servicio de su pueblo.